

CARLOS CASANUEVA OPAZO: LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD CATÓLICA EN TIEMPOS DE SECULARIZACIÓN

Carlos Casanueva Opazo: the education of the catholic youth in secularization times

PILAR HEVIA FABRES*

Resumen

Carlos Casanueva Opazo –quien fuera Rector de la Universidad Católica por más de treinta años– mostró siempre una activa preocupación por la “cuestión social” como sacerdote y como educador. En su juventud participó en la Sociedad de San Vicente de Paul y en las Congregaciones Marianas, pero su principal labor fue la fundación –en 1890– y el desarrollo del Patronato de Santa Filomena, donde se esforzó por dar una educación cristiana a los más pobres, enfatizando la formación técnica de los jóvenes obreros.

Más tarde, como Rector de la Universidad Católica y convencido de que la educación era el motor de la sociedad, mostraría un interés permanente en la formación de la juventud desde una perspectiva católica –con ese espíritu fue creada la Facultad de Medicina–, con el propósito de influir, a través de sus profesionales y egresados, en la evolución de la sociedad chilena. Con su extraordinaria y visionaria personalidad, don Carlos Casanueva marcó décadas cruciales para la educación superior en Chile durante la primera mitad del siglo XX.

Abstract

Carlos Casanueva Opazo was the Chancellor of the Pontifical Catholic University of Chile for more than thirty years. As a priest and educator, he always showed an active care for social topics. Casanueva's main work was to set up (1890) and develop the Holy Filomena Foundation. The purpose of this foundation was to give youth people in poverty Christian formation and technical education. Monsignor Casanueva was also a significant contributor to the formation of youth within higher education contexts.

* Profesora y Licenciada en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

1. Algunas notas de su vida

Carlos Casanueva Opazo nació en Valparaíso el 21 de septiembre de 1874. Cuando tenía sólo siete años, la carrera profesional de su padre –el abogado Carlos Eugenio Casanueva Ramos, quien llegaría a ser Presidente de la Corte Suprema– obligó a la familia a trasladarse a Santiago. En la capital, el pequeño Carlos completó su educación primaria, y luego sus humanidades, en el Colegio San Ignacio. Desde temprano, entonces, su educación se vio marcada por la exigente espiritualidad jesuita, rasgo perfectamente congruente con el fuerte acento católico que primó siempre en su ambiente familiar¹. Su madre, Isabel Opazo Bello, se mostraba especialmente estricta a la hora de inculcar rigor en el cumplimiento de los sacramentos. Tal como ocurría en el resto del mundo católico chileno, una arraigada devoción por el Sagrado Corazón de Jesús y una profunda piedad mariana² impregnaban cada momento de la vida cotidiana de los Casanueva Opazo. La misa del domingo era parte consustancial de esta rutina y el rezo del rosario era una práctica cotidiana. En este contexto, la preocupación por los pobres que caracterizó siempre la vida y obra de Carlos Casanueva sería a la vez una vocación y una exigencia³.

Las motivaciones caritativas y las inquietudes sociales de la familia Casanueva Opazo, reforzadas por el entorno en que se desenvolvió la vida del joven Carlos, determinaron desde temprano su decidida participación en las nuevas sociabilidades católicas de la época,

¹ Dos jesuitas fueron sus principales confesores: el padre Ricardo Soria S. J. y, a su muerte, Pedro Alvarado S. J. Durante su juventud, uno de sus grandes maestros fue su director y mentor espiritual, el padre Francisco de Paula Ginebra S. J.

² Diversas encíclicas de los papas Pío IX, León XIII y Pío X incentivaron la devoción al Sagrado Corazón, la Virgen María y los santos. En **Barríos M.** (1994) *La espiritualidad chilena en tiempos de Santa Teresa de los Andes, 1860-1930*, San Pablo, Santiago, p. 26.

³ **Subercaseaux, B.** (1945). *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*, Río de Janeiro, Ed. Vozes.

desde las cuales el laicado creyente se reorganizaba para contrarrestar los vientos liberales que soplaban cada vez con mayor fuerza. Esta reorganización ocurría bajo la dirección de la jerarquía eclesiástica chilena, fuertemente influida por la catolicidad europea de la época.

Aunque la labor de Carlos Casanueva en estas prácticas de caridad y devoción comprendió, de modo especial, su activa participación en la Sociedad de San Vicente de Paul y en las Congregaciones Marianas, el escenario que desde los primeros tiempos enmarcó preferentemente sus inquietudes sociales y religiosas fue la fundación, en 1890, y su posterior desarrollo, del Patronato de Santa Filomena, obra de beneficencia y educación destinada a favorecer al vecindario de escasos recursos que circundaba a la parroquia del mismo nombre.

En 1891, el joven Carlos ingresó a estudiar Derecho a la Universidad de Chile. Pero sus inquietudes sociales y cristianas sobrepasaron muy pronto el ámbito más bien laico de la “Casa de Bello” y el joven Carlos volvió entonces sus ojos hacia la Universidad Católica de Chile, donde existían cátedras de marcada orientación católica, como, por ejemplo, Economía Social de la Iglesia, dictada por quien fuera uno de los grandes maestros de Carlos Casanueva, y quizá el más influyente: Francisco de Borja Echeverría. El joven estudiante se matriculó también en los ramos de Derecho Natural, Código Civil y Derecho Romano de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas de dicha Universidad⁴.

El colegio San Ignacio había sido el lugar donde Carlos Casanueva iniciara su relación con Echeverría. Presidente de la Sociedad de San Vicente de Paul desde 1888 y hasta 1904, Borja Echeverría llegó al colegio durante el último año de humanidades de Carlos, buscando apoyo para formar el Patronato de Santa Filomena. Cuando expuso esta idea a los alumnos del San Ignacio, ya el joven

⁴ A los veintidós años aprobó su examen de grado y recibió su diploma de Licenciado en Leyes de la Universidad de Chile el 12 de octubre de 1896.

Carlos participaba con entusiasmo en las actividades pastorales y sociales del colegio, y por lo mismo entró rápidamente en contacto con quien sería su maestro.

En los años en que trabajó en el Patronato, y más tarde como periodista católico, Carlos Casanueva mostró una especial inclinación a ocuparse de la educación cristiana de los más pobres, sobre todo de los jóvenes obreros, interesándose también por estimular su formación técnica. Luchó, además –en ambos espacios–, por dignificar la “cuestión social” como tema y como acción relevante. Años más tarde, como Rector de la Universidad Católica, manifestaría un interés permanente por influir en la formación de la juventud chilena desde una perspectiva católica.

En el verano de 1898, a los 24 años de edad, ingresó al Seminario Conciliar de los Santos Ángeles Custodios de Santiago y se ordenó como sacerdote el día 22 de septiembre de 1900.

Tras ser ordenado, un aspecto fundamental de su labor apostólica, luego de ser ordenado sacerdote, fue su inserción en la arena periodística, campo desde donde se esforzó siempre por contribuir a formar una opinión pública católica, algo que estimaba de la mayor importancia. Comenzó su trabajo en la prensa a los veintiocho años, cuando el Arzobispo de Santiago, Monseñor Juan Ignacio González, le confió la fundación, dirección y financiamiento del *Diario Popular* de Santiago. Tiempo después, en 1906, se le confió la dirección del periódico *La Unión* de Valparaíso y meses más tarde, en octubre de ese mismo año, *La Unión* extendió su radio de acción a Santiago y Concepción. En sus manos quedó entonces la línea editorial y el financiamiento de un periódico que ya tenía una extensa cobertura nacional.

Su temprana y activa participación en el Patronato, y el contacto cotidiano con los más necesitados, le otorgaron al joven Carlos Casanueva una extraordinaria lucidez para denunciar y combatir, a través de la prensa, las precarias condiciones de vida y trabajo de los sectores más pobres de la población de Santiago. Los temas sociales

y la urgente necesidad de una adecuada legislación al respecto fueron un tema constante en las editoriales que publicaba⁵. Ya como Rector de la Universidad Católica, recordaría con gran añoranza sus años de juventud, cargados de un gran idealismo, cuando soñaba con una amplia y generosa acción social católica impulsada desde todos los sectores de la sociedad, la que daría como resultado el restablecimiento, en el país y también en el mundo, del orden social cristiano, cuestionado por las ideas liberales. Esta acción, opinaba él, debía ser dirigida por la aristocracia. Más tarde, perdería toda confianza en este gran proyecto difundido desde el púlpito, debido a la falta de unidad de los seguidores de estas ideas y a su dispersión en pequeñas asociaciones.

Como Rector, más tarde, Carlos Casanueva llegaría a tener plena claridad de la importancia de la cátedra universitaria como formadora de nuevas generaciones de católicos, las que, cargadas de nuevas fuerzas, podrían luego volcar sus conocimientos en un trabajo espiritual y profesional de profundo y duradero impacto en la sociedad.

Fue también director espiritual del Seminario Conciliar de Santiago (1910-1919), espacio donde prodigó sus energías en la recta formación de los jóvenes sacerdotes por medio de retiros y del confesionario.

Luego de dejar, por orden del Arzobispo Crescente Errázuriz, la dirección del Seminario, Carlos Casanueva fue nombrado –por el propio Arzobispo– rector de la Universidad Católica. En este cargo, el más importante que desempeñara durante su vida, encauzó su energía y su tesón hacia el pleno desarrollo de aquellos principios básicos que habían dado vida, originalmente, a la Universidad. Si bien Carlos Casanueva no ideó ni refundó la Universidad, como muchos que lo conocieron lo mencionan, fue capaz de llevar a la práctica, de modo especialmente eficiente, lo que ya eran sus objetivos funda-

⁵ **Casanueva, C.** (1903). “La cuestión obrera”, en el *Diario Popular*, Santiago, 8 de octubre, p. 1.

cionales. La Universidad Católica se convirtió así en una identidad socialmente reconocida, y tuvo una mayor presencia e influencia en la vida pública nacional. Batallador como pocos, asistido siempre por una irreductible combinación de ingenio y de fe, don Carlos posibilitó que la Universidad Católica llegase a ser reconocida como una alternativa del más alto nivel, algo para él muy significativo. Era necesario, en su opinión, contrarrestar el influjo de la omnipresente Universidad de Chile, semillero de pensadores y profesionales, a menudo agnósticos, cuyo influjo liberal o socialista don Carlos estimaba un deber combatir. Entre las numerosas iniciativas con que hizo crecer a la Universidad Católica, la creación de la Facultad de Medicina se destaca sin duda como su logro más importante. Esta facultad tendría, en el futuro, una enorme relevancia en el papel jugado por la Casa de Estudios en la sociedad chilena.

El 31 de mayo de 1957, después de treinta y tres años de rectorado, don Carlos falleció en el Hospital Clínico de su querida Universidad. Su persona había marcado décadas absolutamente cruciales para el desarrollo de la educación superior en Chile durante el siglo XX.

2. La educación: el motor de la sociedad

La educación fue una preocupación siempre presente para don Carlos, tanto en sus escritos como en sus obras. Desde los tiempos del Patronato, pasando por su etapa de periodista y, con mucho mayor fuerza a partir de su rectorado en la Universidad Católica, consideró que la educación era el verdadero motor de la sociedad.

- a) La escuela y la universidad eran, en su concepto, las mejores instancias de formación. Todas ellas debían educar no sólo a las clases sociales más elevadas, sino también a las más desfavorecidas, para evitar que la ignorancia fuese utilizada por el socialismo como una de sus justificaciones ideológicas. En palabras del joven Carlos, “el estado de permanente agitación que vivía Chile era fruto del quebrantamiento del orden social

cristiano, provocado básicamente por el alejamiento progresivo de sus miembros de la religión y sus enseñanzas”⁶. En su opinión, una de las formas de recuperar la prevalencia de la visión de mundo otorgada por la Iglesia era a través de la escuela católica y, si no la había, era preciso fundarla. “La educación laica les robaba a los niños la religión y la fe, y les entregaba una educación sin una orientación correcta”⁷. Los pobres eran los más vulnerables a esta nueva realidad “pues se trataba de una masa popular ignorante, sin arraigo, sin familia, sin tradiciones sociales, que había aprendido a leer y a escribir en una escuela sin Dios, quedando abierta a todas las influencias exteriores”⁸. En su opinión, la falta de Dios les haría perder la unidad conceptual y moral entregada tradicionalmente por el catolicismo. Educar a todas las clases sociales, desde el niño hasta el joven, tendría como finalidad primordial frenar el avance de la progresiva secularización de la sociedad chilena, aparejada con una orientación laica de la educación. Era indispensable que los que ya sabían pusieran sus conocimientos en acción y al servicio de los más necesitados, pues las necesidades eran abundantes y los hombres bien preparados escasos. De ahí la idea de entregar en el Patronato una formación moral, intelectual, económica y social al niño, al adolescente y, luego, al joven⁹.

Durante las primeras décadas del siglo XX la pugna iniciada en el siglo XIX entre liberalismo y catolicismo se hizo aún más áspera. Los católicos advertían en la sociedad moderna, cada vez más laica, una suerte de “persecución” hacia la religión y la Iglesia. Su reacción se fundamentó, entonces, en dos presupuestos intransables: la única religión verdadera era la católica, y

⁶ Casanueva, C. (1907). Diario *La Unión* de Valparaíso, 23 de diciembre, p. 4.

⁷ Revista *Filia Luminis*, diciembre 1925-abril 1926, p. 1891.

⁸ Casanueva, C. (1921). *El Patronato de Santa Filomena. Recuerdos íntimos*, Imprenta La Gratitude Nacional, Santiago, p. 246.

⁹ Revista *Filia Luminis*, Santiago, junio 1930, p. 231.

—en consecuencia de ello— sólo la Iglesia católica era portadora de la salvación. A partir de esta premisa se concluía que el único sistema de valores legítimo en la sociedad moderna era el católico, y era nada menos que la subsistencia de esos valores lo que estaba en juego. La argumentación que esgrimía el joven Carlos contra el “mundo moderno” y sus doctrinas no provino de interpretaciones propias u originales, sino del seguimiento riguroso del magisterio de la Iglesia, pues las encíclicas papales contemplaban todas las críticas coyunturales que afectaban a la sociedad occidental en las primeras décadas del siglo XX. El laicismo, que postulaba la prescindencia de Dios en la vida pública, era considerado por los católicos como la causa de todos los males que aquejaban al mundo contemporáneo, y contra ese virus doctrinal apuntaron casi todas las encíclicas, individualizando como enemigos el liberalismo, el protestantismo, la masonería y el socialismo. Para Carlos Casanueva las directrices de la Iglesia católica debían abarcar todos los espacios de la sociedad: la enseñanza, las obras de caridad y beneficencia, la calle y la prensa, en defensa del restablecimiento de la paz de Cristo mediante el retorno a un orden social cristiano y el respeto a la autoridad legítima en el campo doctrinal de la fe¹⁰. A través de la prensa expuso, una y otra vez, su temor ante el progresivo destierro del orden católico de todos los espacios públicos y privados de la sociedad. Puesto que el laicismo lo descristianizaba todo, había llegado el momento de que los católicos defendieran sus principios y derechos en esta sociedad cambiante, y “apercibirse para la guerra, ganándole al enemigo espacio tras espacio”¹¹. El Estado debía ser cristiano, incluyendo sus poderes públicos, sus leyes, su administración y la enseñanza pública. Así las cosas,

¹⁰ Cuadernos manuscritos de don Carlos Casanueva. En Archivo Pontificia Universidad Católica de Chile.

¹¹ **Casanueva, C.** (1921). *El Patronato de Santa Filomena. Recuerdos Íntimos*, op. cit., p. 7.

una educación católica, basada en los principios de la religión y la fe, sería la única y verdadera garante de la paz social.

Ante esta nueva y problemática visión de la Iglesia, en un determinado sector católico comenzó lenta, y difusamente, a desarrollarse un “movimiento social-cristiano”, dentro del cual podría incluirse –en esta etapa embrionaria– al propio joven Carlos, dada su diligente participación en el Patronato de Santa Filomena. Frente a la convulsionada realidad nacional, sus declaraciones como periodista muestran una marcada tendencia hacia los intereses de este nuevo grupo. En su concepto, los problemas sociales que aquejaban al país debían ser solucionados a través de acciones emanadas de la propia clase alta. Esto es, una acción autónoma e independiente de las clases inferiores que eran el destinatario u objeto de dicha acción. Se daba cuenta que todas las clases sociales querían influir, pero esta injerencia debía realizarse a través de la dirección de las clases más altas de la sociedad que conocían de cerca y habían estudiado los problemas de los más desposeídos.

- b) Instruir a los alumnos en el cumplimiento de los deberes sociales, en las prácticas de caridad y en las enseñanzas religiosas y en la fe, era otra de sus preocupaciones.

Sus principales ideas sobre la educación cristiana las desplegó con clara inteligencia en un artículo publicado en la *Revista Católica*, que tituló “Una obra urgente de caridad”¹². Comenzaba el escrito con una referencia al Papa León XIII, quien, a través de la encíclica *Rerum Novarum*, había defendido la promoción de las obras sociales. Haciéndose eco de las palabras papales, el joven Carlos expresaba que la acción social era un asunto imperioso, y enfatizaba que la caridad “más excelente” era precisamente la educación cristiana, señalando el peligro que significaba dejar a los niños espiritualmente abandonados, pues de ese

¹² *Revista Católica*, Santiago, N° 15, 1902, p. 154.

modo –a su juicio– se difundirían doctrinas perniciosas como el materialismo, el socialismo y el anarquismo¹³.

Ejercitar a los jóvenes desde la escuela en obras prácticas de caridad, con el fin de desarrollar la acción social católica era, por lo tanto, una labor educativa de ineludible importancia.

- c) Con respecto a la discusión en el Senado de la Ley de Enseñanza Primaria Obligatoria, criticaba justamente su obligatoriedad. En su opinión, de aprobarse tal proyecto –que obligaba a los padres y tutores, o a quienes estuvieran a cargo de niños de siete a doce años de edad, a hacerlos asistir a la escuela– sólo asistirían aquellos niños cuyos padres querían y podían enviarlos. Si el trabajo del pequeño era necesario para el sostenimiento de la familia, sus padres o cuidadores no lo enviarían. No era esencial, en su opinión, emplear la fuerza para provocar la asistencia de los niños a la escuela. Sólo era necesario aumentar el número de escuelas a través de un incremento del presupuesto de instrucción pública y del presupuesto de instrucción primaria propiamente tal. Además, se debía estimular la participación particular, subvencionando a las escuelas particulares ya existentes¹⁴. En definitiva, el Estado sólo debía suplir lo que no era capaz de cubrir la iniciativa privada y hacer que la enseñanza primaria fuese gratuita, pero no obligatoria.

La educación primaria fiscal y privada debía tener una orientación práctica y útil, esto es, enseñar los conocimientos elementales de las industrias propias de cada región. Los servicios otorgados por la escuela debían adaptarse a las condiciones de cada villorrio. La educación primaria no debía darse tanto en profundidad como en amplitud. Hasta el momento se había tratado de dar a través de la enseñanza primaria una cierta profundidad,

¹³ Casanueva, C. (1902). “Una obra urgente de caridad”, en *Revista Católica*, Santiago, N° 15, p. 154.

¹⁴ Diario *La Unión* (1902) 2 de julio, p. 2.

hasta cierto barniz científico que no era necesario, y se había descuidado lo práctico¹⁵.

- d) La tarea formativa no sólo debía referirse al proceso de alfabetización y a la enseñanza primaria, sino que debía ser permanente a lo largo de la vida, abarcando de manera especial la formación técnica y profesional de los jóvenes, con el objeto de asegurarles trabajo. Todo esto sin abandonar la continuidad de su alineación católica. Ampliar el horizonte y la formación moral de los alumnos era una necesidad. La lucha moral, religiosa, profesional y social se hacía demasiado difícil sin una formación más completa que la recibida en la escuela. No bastaba la pura enseñanza teórica dirigida sólo a la inteligencia, pues era necesaria también una educación práctica y por ello enseñar nuevos oficios para mejorar la calidad de vida de los pobres fue una preocupación permanente entre los socios del Patronato. El origen de los patronatos había sido dar a los obreros cristiana educación, pero a poco de comenzar se dio a esa educación un giro esencialmente práctico y conforme a las necesidades futuras de los alumnos, por lo que el aprendizaje de un oficio debía ser obligatorio en la enseñanza de un obrero. Esta idea dio origen a la Escuela de Artes y Oficios, institución precursora de lo que sería más tarde el Instituto Politécnico. Como una forma de continuar la educación recibida en la escuela primaria dependiente del Patronato, se abrió el Centro de Aprendices –donde se hacían talleres de herrería, hojalatería y carpintería– que luego se llamó Centro Juvenil. Los esfuerzos por sacar adelante a los educandos fueron enormes. Pese a que era difícil convencer a los alumnos de que la enseñanza técnica recibida les serviría luego en su vida laboral adulta, en 1898 –y por iniciativa de Francisco Huneeus– se hicieron los primeros cursos técnicos, base de la futura Escuela Técnica creada en 1902 con el nombre de Escuela de Artes y Oficios, la misma que en agosto de 1912 se

¹⁵ Diario *La Unión* (1902) 15 de junio, p. 1.

transformaría en el Instituto de Electrotecnia Manuel Francisco Irrarrázabal, y más tarde en el Instituto Politécnico Industrial (1920) que nacería anexo a la Universidad Católica. Este instituto otorgaría sólo títulos técnicos de subingenieros electrónicos, mecánicos, químicos, constructores de obras, comercio y telegrafía¹⁶. La Universidad se reservaba la dirección técnica, lo que implicaba la organización científica de cada curso, los exámenes y el otorgamiento de los títulos. Al Patronato le correspondía la administración inmediata del Instituto¹⁷.

- e) Ya como Rector de la Universidad Católica, Carlos Casanueva volcaría sus fuerzas al desarrollo de la educación superior católica, principalmente entre la juventud de la clase más acomodada de Santiago.

La Universidad Católica se había fundado por decreto del Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova, en junio de 1888. La vida universitaria de esta casa de estudios se inició el 1° de abril de 1889 y recibió la aprobación del Papa León XIII el 28 de julio del mismo año.

Como institución católica, debía realizar una labor pedagógica integral que tuviera por fin la formación completa del joven: como profesional, como ciudadano y como cristiano. Además, tenía la tarea de promover el progreso de la ciencia. Don Carlos encauzó su energía y su acción hacia el pleno desarrollo de estos principios básicos que habían dado vida a la Universidad Católica llegando a transformarla en una identidad socialmente reconocida y con mayor presencia e influencia en la vida pública nacional. Recogiendo los principios fundacionales de la Universidad, la

¹⁶ Krebs, R., Muñoz, M. A., Valdivieso, P. (1994). *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile: 1888-1988*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, p. 259.

¹⁷ Sesión Consejo Superior, 28 de octubre de 1920. En Archivo Pontificia Universidad Católica de Chile.

renovó introduciendo cambios en todos los programas de estudio, y creando nuevos cursos y facultades que respondían a nuevas necesidades: mejoró el nivel académico, estableció las semanas de estudios y las conferencias. Los estudios profesionales fueron perfeccionados, abriendo paso a las especialidades¹⁸. Su aguda percepción de las necesidades de un centro de estudios contemporáneos lo impulsó a modernizar y ampliar los servicios ya existentes en la Universidad, pues la “universidad moderna” no debía ser sólo el conjunto de las antiguas facultades clásicas. Su campo se debía ensanchar a la par del enorme desarrollo de las ciencias y de sus aplicaciones a todas las ramas de la actividad humana, y en lo posible, a todas las condiciones y clases sociales. “Hoy en día la Universidad debe formar los sabios y los profesionales, los industriales, los legisladores y los apóstoles”¹⁹. Y a la par de cultivar la inteligencia, la Universidad aspiraba a dar a sus alumnos la religión como fundamento de toda moral sólida y profunda.

Siguiendo con su ideario pedagógico de sus años del Patronato –y ya como Rector–, fue partidario también, en la propia Universidad, de la orientación práctica de la enseñanza sin perjuicio de los estudios más elevados y puramente científicos que debían ser los más relevantes. En su opinión, los estudios superiores debían ponerse también al servicio de las nuevas necesidades concretas del país, y a la vez servir a todas las clases sociales y a las diversas aptitudes y vocaciones profesionales. “Conservando siempre la más alta ciencia para las inteligencias especulativas y para los que pueden prolongar sus estudios hay que abrir también los caminos de las aplicaciones científicas a los que miran en las carreras un medio de ganarse la vida de la manera más útil para ellos, y según su condición y sus fuerzas”²⁰. Era indispen-

¹⁸ *Revista Universitaria*, Santiago, N° 10, Año VII, p. 536.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 10.

²⁰ *Revista Universitaria*, Santiago, N° 1, Año V, p. 5.

sable la preparación científica y práctica, moral y social de los futuros jefes de las industrias, que por esos años estaban en manos de extranjeros o de personas poco calificadas. Con esa preparación la juventud chilena estaría provista para dirigir la industria nacional y para resolver los conflictos del capital y del trabajo, esto es, la “cuestión social”, que en las grandes industrias presentaba sus mayores complicaciones.

3. La educación de la juventud católica en tiempos de secularización

Su aporte en el Patronato

Para el joven Carlos, el Patronato debía dar la oportunidad a la juventud de la clase superior de crecer al lado de la juventud obrera, en un contacto que permitiera a ambos grupos conocerse mutuamente. Este concepto de Patronato no era nuevo para Chile, ya que desde los años 40 del siglo XIX el mundo católico francés venía experimentando sus beneficios. En Chile, los consocios de la Sociedad de San Vicente de Paul fueron los que importaron al país este tipo de obra social a partir de la década de 1890. Francisco de Borja Echeverría fue uno de sus principales mentores.

Debido a su estadía en Francia y sus estudios en la Sociedad de Estudios Superiores de Economía Social, fundada en La Sorbonne por Frédéric Le Play, Echeverría conoció de cerca el desarrollo de la intelectualidad católica francesa y la tipología de obras sociales adaptadas al nacimiento de un nuevo tipo de miseria: la pobreza de los obreros urbanos. Hombres como Le Play y el conde Albert de Mun influyeron en su formación e hicieron de él un temprano y acérrimo defensor del catolicismo social en Chile. Su cátedra de Economía Social en la Universidad Católica encontró un eco inusitado en un sector joven del catolicismo nacional de fines del siglo XIX, abierto a encontrar soluciones concretas a la creciente pobreza que se advertía en Santiago. Las exposiciones de Echeverría introdujeron el pensamiento de Le Play y De Mun en el joven Carlos. Frédéric Le Play,

autor del libro *Obreros europeos*, publicado en Francia en 1877, argumentaba que las cuestiones económicas no eran las únicas a tener en cuenta en el momento de hacer un examen crítico de la sociedad. Los verdaderos fundamentos de la sociedad eran la religión, la familia, la propiedad y el trabajo, y de esos aspectos había que preocuparse urgentemente. El Estado debía jugar un rol importante, pero no decisivo. Eran los privados quienes debían llevar a cabo formas de acción social, prestando especial atención a la “subvención patronal”. Es decir, los sectores favorecidos debían formar asociaciones para cumplir con esta obligación: socorrer en dinero o en especies a los que social o económicamente se encontraran en condiciones menos favorables.

Por su parte, Albert de Mun adhería a las doctrinas de Le Play, constatando la existencia de clases superiores como una condición necesaria para mantener el orden social. Sin embargo, era precisamente esa superioridad la que imponía a los privilegiados deberes particulares hacia los otros. Según sus propias palabras, “aquellos que están ubicados arriba son responsables por aquellos bajo ellos, responsables de sus almas, responsables de sus mentes, responsables por sus cuerpos, y que su superioridad se les había dado a ellos sólo con ese propósito”²¹.

Las ideas de Le Play y de Mun calaron hondo en el pensamiento y el alma de Carlos Casanueva. La propuesta del joven Carlos, entonces, fue la misma que inspiraba a los intelectuales franceses y a Echeverría. Es decir, la misma que cobijaba el desarrollo de los patronatos: ver a “la clase alta conduciendo de la mano a los trabajadores en su ascenso social”²². La creación de este tipo de obras sociales fue un elemento importante dentro de la regeneración del catolicis-

²¹ **Gibson, R.** (1989). *A Social History of French Catholicism 1789-1914*, Routledge, Londres, p. 255.

²² La frase es de Juan Enrique Concha. En **Vial Correa, G.** (1981). *Historia de Chile (1891-1973), La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891-1920)*, Vol I, Tomo II, Editorial Santillana, Santiago, p. 543.

mo europeo y latinoamericano. Su florecimiento y desarrollo logró establecer un sistema de beneficencia muy exitoso y difundido por los católicos conservadores sociales hacia finales del siglo XIX. El joven Carlos puso su alma en esta obra. Volcó la energía de su juventud en la tarea de engrandecer estas iniciativas, y más tarde, cuando el paso de tiempo las fue desgastando, contribuyó con su experiencia a tratar de mantenerlas.

Su aporte en la Universidad Católica

Su segunda instancia de formación y, ciertamente la más fructífera, fue su labor en la Universidad Católica, donde su prioridad estuvo en optimizar la calidad de la educación proporcionada a los alumnos, con el propósito de influir –a través de sus egresados– en la futura evolución de la sociedad chilena.

Entre las numerosas iniciativas con que don Carlos hizo crecer a la Universidad Católica, la creación de la Facultad de Medicina es sin duda su logro más importante.

La Universidad Católica había nacido en un momento de pugna entre un Estado cada vez más laico y una Iglesia cada vez más débil. Si bien sus fundadores habían establecido como uno de sus principios básicos la colaboración de la nueva casa de estudios con la nación, y su inserción en ésta, a través de la acción de sus egresados, buscaba contrarrestar el laicismo de las nuevas clases dirigentes que se estaban formando en la Universidad de Chile. Siempre existía la amenaza de que el monopolio de la enseñanza superior pudiera ser empleado con fines de “propaganda antirreligiosa”, de “desviación de la conciencia nacional”²³. En opinión de don Carlos, la mayoría de “nuestros compatriotas, amando como los que más la ciencia y la cultura, no quieren separarlas de la religión y la moral. Si alguna vez la enseñanza fiscal desatendiera a éstas por completo, habrá en la

²³ Diario *La Unión* (1902), Santiago, 2 de diciembre, p. 2.

Universidad Católica un plantel de instrucción donde tendrán toda la importancia que merecen. Confía plenamente en la iniciativa particular, que era capaz de realizar grandes y provechosas empresas²⁴. Don Carlos no tomó una posición abiertamente confrontacional con los laicos –esto es, con la Universidad de Chile y el gobierno de turno– ni pretendió nunca considerar a la Universidad estatal como enemiga; más bien, hábilmente, la vio como una institución complementaria y dedicada a una labor educativa de distinto enfoque.

En 1920 la desigualdad entre la Universidad de Chile y la Universidad Católica, tanto en el número de alumnos y facultades como en el nivel académico, era enorme. El desafío era acortar esta distancia y conseguir un sitio de prestigio a través de la excelencia académica, la que necesariamente llevaría a todos los ámbitos de la sociedad la influencia de los alumnos allí formados. Hasta antes de su rectorado, la Universidad Católica no había logrado ampliar mayormente su influencia en el país como un centro de elevada formación académica; en cambio, la tradición y el prestigio de la Universidad de Chile le significaban a ésta un extenso radio de influencia en la sociedad, pues era la institución formadora de las élites intelectuales del país, y la única reconocida por el Estado para conferir grados y títulos profesionales²⁵.

Como el único referente universitario en Santiago era la Universidad de Chile²⁶, era fundamental que la opción por estudiar en la Universidad Católica estuviera dada no sólo por su carácter católico, sino además por un excelente nivel académico. Para don Carlos, los estudiantes egresados de la Universidad Católica debían tener las mismas oportunidades laborales –y ojalá mejores– que los graduados de la Universidad de Chile, para tener también, desde sus impor-

²⁴ *Ibid.*

²⁵ **Gazmuri, C.** (1988). “La Universidad Católica y la Historia de Chile Contemporáneo”, *Revista Realidad Universitaria*, N° 6, CERC, Santiago, p. 61.

²⁶ En 1919 se había fundado la Universidad de Concepción y en 1925 se fundó la Universidad Católica de Valparaíso, anexa a la Universidad Católica de Santiago.

tantes puestos directivos y de trabajo, un gran radio de influencia en la sociedad.

Don Carlos batalló por la formación integral de sus alumnos, la cual significaba “crecimiento espiritual, formación religiosa y excelencia académica”. Estaba seguro de que, intentando empapar a sus alumnos de un espíritu católico, contribuiría a su formación integral. La élite debía perfeccionarse moral e intelectualmente, santificarse e ilustrarse para influir –tanto por lo que era como por lo que hacía– en la ciudadanía²⁷.

a) Un aporte a la libertad de enseñanza en tiempos del Estado Docente

Si don Carlos pretendía alcanzar un elevado reconocimiento para su casa de estudios, era fundamental estar en igualdad de condiciones respecto a la Universidad de Chile²⁸. De acuerdo a la Ley de Instrucción Secundaria y Superior de 1879, que reglamentó todo lo concerniente a estos dos tramos de la enseñanza, se garantizaba la libertad para fundar establecimientos educacionales, como también para enseñar pública y privadamente, disponiéndose que comisiones examinadoras de establecimientos públicos debían revisar los exámenes de los establecimientos particulares. Sin embargo, esta disposición era completamente ilusoria en la práctica, porque al lado de la facultad de enseñar, concedida a todo el mundo, se consignaban, en la misma ley y a favor de la enseñanza del Estado, ventajas y privilegios que entrababan y anulaban la libertad de la enseñanza privada. Por ejemplo, sólo la universidad del Estado podía expedir títulos profesionales y ante ese monopolio de nada servía que otros tuvieran facultad de enseñar. En los hechos, el gobierno de Chile no había reconocido la libertad absoluta de la enseñanza, sino que mantenía en la práctica su monopolio.

²⁷ Cuadernos manuscritos de don Carlos Casanueva. En Archivo Pontificia Universidad Católica de Chile.

²⁸ **Krebs R.**, *et al.*, Tomo I, *op. cit.*, p. 220.

Desde su llegada a la rectoría, Carlos Casanueva consagró una parte importante de sus energías a obtener el reconocimiento oficial de los grados y títulos que otorgaba la Universidad Católica, con el propósito de quedar efectivamente en términos de igualdad con la universidad estatal. Mientras el Estado no reconociera a la Universidad Católica como institución de carácter público, sus grados y títulos no tenían valor legal dentro del país. El monopolio de los títulos y grados por parte del Estado era muy riguroso en Chile, y lo defendían ardientemente personalidades de gran influencia. Los opositores a la idea de universidades libres manifestaban que en un país como Chile la iniciativa particular –aunque fuera de la Iglesia y sus fieles– no sería nunca tan generosa y constante como para mantener en el tiempo una institución de ese tipo²⁹. Para don Carlos, el público era el que definitivamente juzgaba el valor del diploma y apreciaba a cada profesional según sus obras. “Comprendo, agregaba, que hace cincuenta años se dudara del poder de la iniciativa privada, en un país nuevo y pobre como era el nuestro, y que se creyera que sólo el Estado fuera capaz de emprender la inmensa obra de la enseñanza nacional; pero hoy, que los hechos demuestran con evidencia lo contrario, hay que rendirse a la existencia de universidades libres”³⁰. En opinión del Rector, gracias a su sólida formación los alumnos de la Universidad Católica eran contratados por empresas públicas y privadas, lo que demostraba su aporte al Estado, por lo que parecía justo no sólo que éste la reconociera, sino que además contribuyera a su financiamiento³¹.

Algunas cartas entre don Carlos y el Presidente Ibáñez dan cuenta de la estrecha amistad que existió entre ambos, y del rol fundamental que ésta jugó en términos de la libertad de enseñanza alcanzada por la Universidad Católica. El primer gobierno de Ibáñez (1927-1931)

²⁹ *Revista Universitaria*, editorial de diario *El Mercurio*, Santiago, N° VII, agosto de 1922, p. 298.

³⁰ *Ibíd.*, p. 295.

³¹ *Revista Universitaria*, Santiago, N° VI, 1921, p. 204.

impulsó una serie de reformas en el sistema educacional. Hasta ese momento la educación chilena estuvo organizada en dos sistemas paralelos que no constituían, por lo mismo, un sistema orgánico³². La idea de una Superintendencia para toda la educación había quedado establecida en la Constitución de 1833 y ratificada en la de 1925. De aquí que el gobierno de Ibáñez tratara de dar cumplimiento a este precepto constitucional. De esta forma, en abril de 1927, el ministro de Instrucción Pública, Aquiles Vergara, emprendió una reforma educacional, la primera de tres que ensayaría el gobierno de Ibáñez en dos años. Esta reforma –que creaba la Superintendencia de Educación– no tuvo tiempo de consolidarse, pues rápidamente fue desechada por un nuevo ministro interino, José Santos Salas, quien propuso un nuevo plan y reorganización del sistema educacional, designando una segunda comisión para que formulara el proyecto. Ésta estaba compuesta, entre otros, por Daniel Martner, rector de la Universidad de Chile, y por don Carlos Casanueva, rector de la Universidad Católica. En esta comisión se discutió largamente sobre temas como el estado docente y la libertad de enseñanza.

Luego se sucedieron una serie de decretos reorganizadores sin lograr ninguno una estabilidad definitiva. Pero lo más relevante en materia de reforma universitaria fue la promulgación del D.F.L. N° 280 del 20 de mayo de 1931, que reorganizó la educación superior al dictarse el Estatuto Orgánico de la Enseñanza Universitaria, que atenuó la situación desventajosa de la Universidad Católica con respecto a los grados y títulos que sólo podían ser otorgados por la Universidad de Chile. En él se reconocía la existencia legal de la Universidad de Concepción, la Universidad Católica de Valparaíso, la Universidad Técnica Federico Santa María y la Universidad Cató-

³² La educación superior y secundaria, por ejemplo, estaba bajo la tuición del Consejo de Instrucción Pública con sede en la Universidad de Chile; los institutos comerciales y, hasta 1924, los liceos de niñas estaban supervigilados por el Ministerio de Instrucción, los colegios técnicos e industriales bajo el amparo del Ministerio de Industrias y Obras Públicas.

lica de Santiago. Pero las enseñanzas que ellas dieran debían conformarse a los programas de la Universidad de Chile, y sus alumnos debían rendir sus exámenes ante comisiones nombradas por ésta, para que de ese modo sus títulos y grados tuvieran el mismo valor que los de la Universidad de Chile³³. Don Carlos no logró conquistar para la Universidad Católica una total independencia, pero consiguió avances notables³⁴. En las dos últimas décadas de su rectorado fue creando las condiciones que finalmente le permitieron a su sucesor en la rectoría –Monseñor Alfredo Silva Santiago– obtener para la Universidad el pleno reconocimiento de todos sus títulos.

Sus principales instancias de formación fueron, por lo tanto: el Patronato de Santa Filomena, donde practicó la educación de las clases obreras en la religión y la fe, y en la enseñanza primaria, con una orientación técnica. Más tarde, su obra educativa se llevaría a cabo en la Universidad Católica, donde daría un amplio desarrollo a la educación superior de la juventud católica.

³³ Aylwin, M., Bascuñán, C., Correa, S., Gazmuri, C., Serrano, S., Tagle, M. (s/f). *Chile en el siglo XX*, Editorial Planeta, Santiago, p. 143.

³⁴ Krebs R., *et al.*, Tomo I, *op. cit.*, p. 224.